



MONTERREY, N.L. DOMINGO 4 DE AGOSTO DE 2019

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

# Pequeño homenaje a Eduardo Wilde: La lluvia

HAMBRE HOMÉRICA  
OLGA DE LEÓN

Miraba por la ventana cómo la lluvia caía incesante, y aunque a ratos parecía escasa no paraba el tintineo sobre los cristales de las casas y las baldosas de mosaicos artesanales en aquella parte, donde ella vivía.

Le gustaba ver llover, era su fascinación a la hora que fuera que le tocara presenciar la caída de lluvia o chubascos. Nunca supo si por los sonidos o por la mera contemplación del ambiente, especialmente cuando se tornaba o semejaba el otoño: cielo pálido sembrado de grises nubes y algo de niebla u opacidad en derredor.

A veces llegó a pensar que algo en su ser y en su origen, quizás provenía de lugares muy lejanos y muy diversos a la tierra que la vio nacer, y a donde había vuelto después de años de ausencia. Era su terruño más bien árido y semidesértico. Allí llovía pocas veces al año y solo durante esporádicos meses, por algunos días.

Pensaba, o creía que lo hacía, en que las más de las veces que miraba la lluvia desde su ventana favorita, no era -no en realidad- ella quien estaba dentro de esa casa, sino algún antepasado que la estaba viendo ojándose alegremente bajo la lluvia. Era la niña que saltaba, solo por saltar, y sin esquivar los charcos.

Esa sensación de ser otro, y de contemplarse a sí misma fuera de su mirada, de su espíritu y de su cuerpo, se fue haciendo una costumbre que la encausó a estudiar Filosofía. Sí filosofía y no, medicina.

Sabía perfectamente que aquello era una fantasía, un juego que le permitía ver más allá de lo que todos ven. Del mismo modo que se preguntaba, "por qué había nacido siendo quien era; por qué sus padres eran esas personas con quienes vivía. Acaso no sería realmente la niña de la casa de la esquina, o la que muchas veces vio -cuando asistía a misa con su madre- sentada junto a una mujer humilde, muy humilde, con la mano extendida pidiendo limosna.

Esa tarde la lluvia parecía como si no quisiera dejar de caer. Había empezado a media mañana y si por momentos coquetaba con irse y no regresar, volvía aún con más fuerza, incesante. Lluvia enamorada de la mirada de la niña en la ventana, feliz de danzar a ritmo de vals que fue degenerando en blues y jazz.

...Y la niña y su mirada se transformaban en adolescente y luego en adulta joven que se proyectaba en los fantasmas del amor y la desilusión ante las mentiras disfrazadas de verdad que veía en algunos transeúntes, temerosa de que ellos la vieran con iguales ojos.

Aún había iluminación de día, salía por entre los huecos en el cielo que interrumpían la sábana gris de nubes tendidas a lo largo del firmamento, dejando pasar algunos tenues rayos de luz, cuando un ramillete de truenos y relámpagos



estremecieron el alma de la niña enamorada de la lluvia, que miraba tras la ventana cómo su figura estaba afuera, por más que a ella nadie le creyera tal dualidad de su existencia.

Soy y no soy la misma, porque fui y seré yo y los otros... Decía y se embobaba en repetir tal creencia como su personal filosofía sobre el ser del yo y la existencia de los otros.

Para entonces, he decir con Eduardo Wilde: "Las nubes viajaban, en montones arrastradas por caballos invisibles que el vívido relámpago apuraba tocándolos con látigos de fuego". Como cuando siendo yo niña reía alegremente porque ante tal amenaza de lluvia no saldría a jugar fuera de la casa. Por el contrario, jugaría con mi imaginación viendo desde mi ventana favorita la danza de las gotas gordas de la lluvia y su golpeteo que en mi oído sonaban a concierto celestial: bendita lluvia para mi tierra hambrienta y sedienta de vida.

No sé qué tanto la lluvia me alimenta o me deja hambrienta de tantas ideas y fantasías que quizás nacieron en la juventud y se fueron acendrando en la adultez, para finalmente madurar con los años hasta volverse una constante del hambre homérica y deliciosa con la que me reencuentro, cada vez que en mi alma y mi mirada se enciende la sequía del hartazgo que me causa la monotonía o falta de hambre. por vivir: siendo y no siendo yo y la misma: la de ayer que no se olvida ni desprecia su pasado, la de hoy que no acaba de ser ni de encontrarse, porque le falta la mirada del otro que la confirme e identifique y la de mañana...

Esa es el hambre homérica, un hambre por ser en sí mismo y en el otro la delicia de saberse amado y amar al prójimo como a sí mismo: ilusión de una filosofía que con frecuencia se queda en mera lluvia de ojos que saben que se mienten y por eso lloran.

La tarde siguió dejando caer la risa del cielo, como si supieran que mi pen-

samiento se ahogaba con la prolongada sequía que adivinaba tras la ventana de aquella casa...

CONVALECENCIAS  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Convalecer es una suprema delicia: Puede uno disfrutar de estar en casa, y de renacer una vez sanado. No soy el primero que lo afirma. Eduardo me platicó de ello.

Hay quienes reposan diariamente en sus casas; pero para Eduardo, las semanas de trabajo se acumulaban en meses, y luego en años. Muchos de sus fines de semana, también aglutinaron horas de trabajo, hasta que un domingo, inundado de estrés por un reporte que debía entregar al día siguiente, lo hizo rebalzar de las escaleras de su oficina y quedar en cuclillas. Ya no pudo levantarse. Hubo que llamar a una ambulancia que lo trasladara al hospital, a urgencias. Ahí lo inyectaron.

Al principio, el olor a alcohol del hospital no fue suficiente para hacerlo recapacitar: "El trabajo es mi vida", se decía constantemente en la camilla, dentro de la bata azul que ahora vestía. Pero no tendría de otra más que cambiar de opinión, esa misma semana. Físicamente, no podía permanecer en otra posición que no fuera recostado: imposible que pudiera descargar su estrés a través de los dedos y el teclado en su computadora. Habría que permanecer en casa descansando.

A los cuarenta años, era como si acabara de descubrir la lluvia por primera vez. La vio caer el lunes por la tarde, desde su ventana en el cuarto piso del edificio de departamentos donde vivía. Observó al cielo destrozarse lanzando un grito de agua sobre el pavimento, sobre los techos de los autos y sobre el correr de la gente.

También descubrió la lluvia en su taza de café, y se le iluminó el rostro al escuchar el redoble de los árboles, en el

parque de enfrente, cuando las gotas de lluvia eran atrapadas y mecidas por las hojas. Descubrió el agua de lluvia en la voz de un tenor, y en el cielo implacable y sus espinas húmedas que se clavaban en los campos.

Descendió de su corazón un torrente sanguíneo que lo hizo sentir vivo: líquido rojo que viaja por alcantarillas doradas, nubes cargadas de miradas que dejan caer sus lágrimas. Así se sintió cuando comprendió el tiempo que había dejado correr, a lo largo de su vida, por alcantarillas sin provecho.

Escuchó caer la lluvia, de nueva cuenta, el martes. Ese día se desprendió de sus sueños de adulto, comprados en quien sabe qué tendajo ubicado en la ciudad: en las oficinas, en las escuelas, durante los fines de semana en el súper mercado, en los restaurantes y las banquetas. Experimentó tal nostalgia que encendió la radio una vez que la lluvia cesó. Escuchó canciones de amor, y aceptó que no eran ridículas. Cerró los ojos y soñó despierto con su amor de juventud, que quien sabe en quién se habría convertido sin él.

El miércoles seco, de sol rebosante y cielo sin nubes, extrañó la lluvia. El jueves pensó en que deseaba que su convalecencia nunca concluyera. Tenía ávidas ganas de viajar a través de los libros de su biblioteca, los que nunca había leído, deseaba recostarse sobre el pasto del parque frente a su departamento, esperando empaparse con agua fría de lluvia. Llegó a la conclusión de que necesitaba un nuevo propósito en la vida.

El viernes lo encontró: Habría de retomar un par de sueños de juventud. Se empaparía en el aroma de ellos. La oficina dejaría de ser el centro de su vida. Encontraría un amor con quien compartir los platillos que prepararía los fines de semana: pasta y camarones, carne y frutas, guisos espectaculares como la lluvia que en ese momento imaginaba, bañando su rostro cubierto de lágrimas.

Patricia Plata Cruz

## El renacimiento de la lucha libre

a El Perro Aguayo.

Toreo de Cuatro Caminos y los independientes

La UWA se fundó el 29 de enero de 1975 con una función en el Palacio de los Deportes. Fue hasta febrero de 1977 que se estableció en lo que sería su casa durante casi dos décadas y la cuna de los llamados independientes: el Toreo de Cuatro Caminos.

El éxito de la UWA se debió a su asociación con empresas de Japón y Estados Unidos como la World Wrestling Federation (hoy WWE), New Japan Pro-Wrestling (NJPW) y la Japan Women's Pro-Wrestling (JWP).

La relación con estas promotoras hizo que hubiera más luchadores extranjeros. Además, la UWA popularizó las luchas de tercias; dos grupos de tres (rudos o técnicos), refiere el sitio de historia de la lucha libre mundial www.wrestling-titles.com.

La década de los 70 terminó de manera trágica para la EMLL, ya que el 25 de diciembre de 1979, en la Arena Coliseo, en una lucha semifinal de relevos, Sangre India hizo mal un movimiento y su cabeza se estrelló contra el piso; murió unos segundos después.

El 2 de noviembre de 1980, y con 63 años de edad, El Santo, al lado de Rayo de Jalisco y Huracán Ramírez, enfrentó a los rudos Misioneros de la Muerte. Durante el combate, El Enmascarado de Plata sufrió un ataque al corazón. Sería un anuncio de lo que pasaría después: a inicios de los 80 comenzaron a retirarse grandes leyendas como Black Shadow, el 14 de mayo de 1981, o El Santo, el 5 de septiembre de 1982.

El 11 de diciembre de 1981, en la Arena México, se presentó una lucha entre los independientes de la UWA y algunos de la EMLL, donde intervinieron Tony Salazar, Fishman y El Faraón. Así fue como iniciaron los intercambios de luchadores de la EMLL y la UWA.

El gran apogeo de la nueva promotora (UWA) fue durante la década de los 80. Entre los luchadores más destacados estaban Canek, El Príncipe Maya, quien peleó contra los gladiadores más famosos de Estados Unidos como Hulk Hogan y Big Van Vader.

A mediados de la década, Francisco Alonso Lutteroth tomaba las riendas de la EMLL, con lo que inició una transición en la manera de luchar, la cual se caracterizó más por maniobras aéreas.

A principios de la década de los años 90 la UWA tuvo problemas financieros ya que sus espectáculos se volvieron repetitivos y cansaban al público, afirma Dan Madigan en el libro "Mundo Lucha a Go Go: el mundo extraño y honorable de la salvaje lucha mexicana".

El nacimiento de la AAA  
Antonio Peña, al igual que sus antiguos compañeros, se separó de la EMLL y el 15 de mayo de 1992 formó su propia promotora, la Triple A (Asistencia, Asesoría y Administración), se relata en la página oficial de la compañía.

Contrario a las otras dos empresas, ésta no nació en la capital, sino en el Auditorio Benito Juárez, en Veracruz. A la inauguración asistieron El Perro Aguayo, Máscara Sagrada, El Fantasma, Cien Caras, Octagón, entre

otros. Aunque muchas de las estrellas trabajaban en las otras empresas, ingresaron en las filas de la AAA.

Además, surgieron personajes como La Parka -hoy L.A. Park-, Octagón, Atlantis y Máscara Sagrada. Los tres últimos fueron conocidos como "las estrellas del cine", pues eran los protagonistas de los nuevos filmes de luchadores. "La revancha" (1991) es uno de los filmes más reconocidos del rubro.

La AAA se volvió popular con el pago por evento "Cuando los mundos chocan", organizado en California, Estados Unidos, el 6 de noviembre de 1994, iniciando su expansión mundial.

En aquella ocasión la lucha más esperada por la afición fue la de El hijo del Santo y Octagón contra Eddie Guerrero y Art Barr, en un clásico máscara contra cabellera, ganando los técnicos y rapando a La Pareja del Terror, como eran conocidos Guerrero y Art Barr.

Con la fundación de la AAA tres años atrás y los problemas económicos que venían arrastrando desde inicios de la década, aunado al error de diciembre del año 1994, la UWA se vio obligada a cerrar sus puertas en 1995, según la investigación de Dan Madigan.

Actualmente, la AAA y el Consejo Mundial de Lucha Libre son las empresas promotoras de este deporte más representativas en México. Entre sus filas vemos luchadoras mujeres, gladiadores pequeños y exóticos.

Así termina nuestro recorrido por tres etapas claves para la lucha libre en nuestro país "a dos de tres caídas, sin límite de tiempo".



Rosario Castellanos

Narradora y poeta mexicana, considerada en este segundo género la más importante del siglo XX en su país. Durante su infancia vivió en Comitán (Chiapas), de donde procedía su familia. Rosario Castellanos cursó estudios de letras Universidad Nacional Autónoma de México; por esos años se relacionó con literatos como Jaime Sabines, Ernesto Cardenal y Augusto Monterroso. En Madrid complementaría su formación con cursos de estética y estilística.

Trabajó en el Instituto Indigenista Nacional en Chiapas y en Ciudad de México, preocupándose de las condiciones de vida de los indígenas y de las mujeres en su país. En 1961 obtuvo un puesto de profesora en la Universidad Autónoma de México, donde enseñó filosofía y literatura; posteriormente desarrolló su labor docente en la Universidad Iberoamericana y en las universidades de Wisconsin, Colorado e Indiana, y fue secretaria del Pen Club de México. Dedicada a la docencia y a la promoción de la cultura en diversas instituciones oficiales, en 1971 fue nombrada embajadora en Israel, donde falleció al cabo de tres años, víctima al parecer de un desgraciado accidente doméstico.

Una absoluta sinceridad para poner de manifiesto su vida interior, la inadaptación del espíritu femenino en un mundo dominado por los hombres, la experiencia del psicoanálisis y una melancolía mediatizada constituyen algunos elementos definitorios de su obra. Su poesía, en la que destacan los volúmenes Trayectoria del polvo (1948) y Lúvida luz (1960), revela las preocupaciones derivadas de la condición femenina, y llamó pronto la atención de poetas y ensayistas como Octavio Paz y Carlos Monsiváis.

En los trabajos tardíos de este género habla de su experiencia vital, los tranquilizantes y la sumisión a que se vio obligada desde la infancia por el hecho de ser mujer. Hay en sus poemas un aliento de amor mal correspondido, el mismo que domina el epistolario Cartas a Ricardo, aparecido póstumamente. Su poesía completa fue reunida bajo el título de Poesía no eres tú (1972).

Su mundo narrativo toma muchos elementos de la novela costumbrista. Las novelas Balún Canán (1957) y Oficio de tinieblas (1962) recrean con precisión la atmósfera social, tan mágica como religiosa, de Chiapas. El argumento de la segunda, una premonición rebelión indígena en el estado de Chiapas inspirada en un hecho real del siglo XIX, surgió de una toma de consciencia de la situación miserable del campesinado de esa región mexicana, y de su abandono a los caciques locales por parte del gobierno federal.

Rosario Castellanos escribió también volúmenes de cuentos situados en el mismo registro: Ciudad Real (1960), Los convidados de agosto (1964) y Álbum de familia (1971). Estas piezas revelan, en una dimensión social, la conciencia del mestizaje, y en una dimensión personal, la sensación de desamparo que surge tras la pérdida del amor. Sus ensayos fueron reunidos en la antología Mujer que sabe latín (1974), título inspirado en el refrán sexista: "mujer que sabe latín, ni encuentra marido ni tiene buen fin", que puede considerarse representativa de su vida, su obra y su visión de la realidad.

ad pedem literae

"Para escribir sólo hay que tener algo que decir."

Camilo José Cela

Letras de  
buen humor

"No es lo mismo estar dormido que estar durmiendo, porque no es lo mismo estar jodido que estar jodiendo"

Camilo José Cela